



LUCIANA MARTINEZ

# La doble rendija

Autofiguraciones científicas de la  
literatura en el Río de la Plata

prometeo  
libros



LA DOBLE RENDIJA  
Autofiguraciones científicas de la literatura  
en el Río de la Plata



Luciana Martínez

LA DOBLE RENDIJA  
Autofiguraciones científicas de la literatura  
en el Río de la Plata

(prometeo)  
libros

Martínez, Luciana

La doble rendija : autofiguraciones  
científicas de la literatura en el Río de la Plata /  
Luciana Martínez. - 1a ed -  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Prometeo Libros,  
2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online  
ISBN 978-987-816-156-3

1. Literatura. I. Título.

CDD 809

Diagramación: Patricia Bulla

Corrección de galeras: Elda Morales

© De esta edición, Prometeo Libros, 2021  
Pringles 521 (C1183AEI), Buenos Aires, Argentina  
Tel.: (54-11) 4862-6794 / Fax: (54-11) 4864-3297  
editorial@treintadiezes.com  
www.prometeoeditorial.com

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial

Derechos reservados

# Índice

Liminar (Historia de una puesta en cuestión de la <i>materia</i> ) .....	11
I. La <i>scientia</i> rioplatense (Una genealogía) .....	25
Las peripecias de la ciencia .....	25
Una ciencia del espíritu .....	39
Ciencia romántica de la escritura .....	49
<i>Darstellung</i> y <i>techné</i> .....	70
Ensayos literarios sobre la mente: Huxley y Dick .....	79
II. Mario Levrero y la <i>scientia</i> .....	85
Autofiguraciones realistas .....	85
Una <i>scientia</i> experimental .....	90
El reino parapsicológico de lo real .....	100
Un equilibrio termodinámico .....	110
Ficciones de <i>Grado 0</i> (el método irónico-apofático en la “Novela geométrica”) .....	121
Hacia afuera: las ficciones <i>telérgicas</i> .....	126
La escritura como <i>mancia</i> .....	134
III. Marcelo Cohen: <i>techné</i> cuántica, <i>techné</i> entrópica .....	147
Autofiguraciones y ontologías .....	147
“He alcanzado la ciencia por mí mismo”, el mito de Buda .....	149
“El largo rodeo hacia la nada” .....	156

La escritura y el adelgazamiento del yo .....	162
El Pensar .....	177
La comunidad por venir .....	186
En la casa de Otro .....	199
Coda	
(Breve nota sobre la ambición realista) .....	213

En algunos casos escribir, escribir crítica pongamos por ejemplo, es el producto de un alto costo físico –la escritura es un capítulo de la Física Cuántica pero también lo es de la Fisiología y casi una catástrofe psíquica–.

*Nicolás Rosa*



# Liminar

(Historia de una puesta en cuestión de la *materia*)

Alberto Rojo, escritor y doctor en física, cuenta que hacia mediados de 1985 el azar quiso que se encontrara con Borges en el comedor de un conocido hotel porteño.<sup>1</sup> En los años venideros, agradecería que su curiosidad y súbito envalentonamiento hubiesen derrotado su natural timidez: las respuestas de Borges durante esa charla posibilitaron esa versión de lo real que vino después, la de las incesantes charlas hasta el amanecer con sus colegas en el Instituto Balseiro. Cuenta Rojo que su motivación inicial fue indagar si acaso Borges estaba al tanto de los varios textos del campo de la física que citaban sus relatos para ejemplificar las paradojas de los conjuntos infinitos y de la geometría fractal. Fue por eso que decidió preguntarle finalmente, ansioso, azorado, cómo había conseguido arribar hacia 1941, en “El jardín de los senderos que se bifurcan”, a la misma conclusión a la que llegó el físico Hugh Everett recién en 1957. Ésta es: el hecho de que la materia pueda comportarse como onda y como partícula, según sea o no observada, sólo puede explicarse por la hipótesis de las realidades paralelas. Es decir, el físico argentino interroga a Borges sobre cómo había logrado anticipar la única hipotética solución –que existe hasta la fecha– del que es probablemente el problema más importante para la física subatómica: la *dualidad onda-partícula*, la cual fue constatada por primera vez a través del experimento de “*la doble rendija*”.

Hermosa y extravagante, la teoría de Everett no podría haber sido sino rechazada por la comunidad científica; y su autor, ridiculizado y condenado al ostracismo por crimen de lesa epistemología. La patria potestad de la idea, incluso antes de que fuera formulada por Everett en el campo científico, la reclamaría con gusto la literatura, madre

---

<sup>1</sup> Cf. A. Rojo. “El jardín de los senderos que se ramifican: Borges y la mecánica cuántica”. M. Bunge et al. (comp.): *Borges científico*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional - Página/12, 1999.

permissiva que la cobijaría con entusiasmo en su seno y se encargaría de explotar sus potencialidades metafísicas.

Esgrimiendo una aparente ingenuidad, Borges le contesta por su parte a Rojo que él nada sabe de física, y que seguramente toda la asombrosa coincidencia se deba a la irreconocida (pero no por eso menos frondosa) imaginación de los físicos. Él, en cambio, poco sabe de ciencia y, como se cansó de insistir, nada tienen sus relatos de inventiva u originalidad: si para los físicos esto es novedoso, en su escritura por el contrario no significa más que una reformulación de ciertos temas que son tan viejos como la literatura o la filosofía mismas. Nada sabe él, Borges, sobre esa nueva curiosidad de la ciencia por inquietudes literarias que son de tan larga data.

Quizá todo este paralelismo se sustente en algunas desatendidas bases compartidas: una pobreza de temas que son comunes tanto a la ciencia como a la literatura en su camino de indagación de lo real y ese irreductible origen que es la *intuición*, cuyo protagonismo el racionalismo científico se encargó prolijamente de velar. No obstante, la intuición fue reconocida tempranamente como fundamento de la ciencia, la filosofía e, incluso, de forma aun más incipiente, de cualquier percepción sensible (Kant diría, al menos en lo que respecta a la intuición pura, que ésta es fuente de los juicios sintéticos *a priori* y, por ende, de toda experiencia sensorial). Proclamada en el *Organon* aristotélico como fuente originaria de todo conocimiento científico, la intuición representa un punto de partida, dirá luego el mismo Descartes, para la presentación de ciertas verdades que, de modo total e inmediato, dan lugar a los axiomas básicos de todo sistema teórico. Tan medular es la intuición que el propio Einstein exhortaba a sus colegas físicos a guiarse por ella. Toda una vida de trabajo habría sembrado en él la certeza de que no sería el camino lógico por medio del cual se arribaría finalmente a la formulación de leyes fundamentales que dieran cuenta de una imagen coherente de mundo: “No hay camino lógico que lleve a estas leyes fundamentales (que sólo gracias a nuestra “armonía preestablecida” sabemos existen, dice más adelante Einstein retomando a Leibnitz). Debemos dejarnos conducir por la *intuición*, que se basa en una sensación de la experiencia”.<sup>2</sup> Pero lo curioso es que tal vez la mejor definición provenga de la literatura: la intuición, como nota Edgar Allan Poe en *Eureka*, es una convicción de fuerza

---

<sup>2</sup> Cf. Aristóteles. *Tratados de Lógica (Organon II)*, Analíticos segundos. Madrid: Gredos, 1995; I. Kant. *Crítica de la razón pura*. Buenos Aires: Losada, 2003; R. Descartes. *Reglas para la dirección del espíritu*. Madrid: Alianza, 2003; A. Einstein. *Mi visión del mundo*. Buenos Aires: Hyspamérica, 1985, p. 153; M. Bunge. *Intuición y razón*. Buenos Aires: Sudamericana, 1996.

irrevocable que nace de procesos deductivos, inductivos y reflexivos en general, cuyo desarrollo fue, no obstante, lo suficientemente subrepticio como para pasar inadvertido por nuestra consciencia. He ahí que la improbable –y siempre reprochable– reunión entre ciencia y literatura, a veces, suceda. Y de hecho sucede, desde hace tiempo, en el seno mismo de la literatura rioplatense.

Gracias al genio archivístico de Miguel de Asúa sabemos que las teorías de la relatividad de Einstein (que significaron el primer cimbronazo perceptible para el modelo mecanicista newtoniano) fueron difundidas en La Plata hacia 1911; es decir, al igual que la teoría de los cuantos, tuvieron una temprana recepción en la academia platense y, para el momento de llegada de Einstein hacia 1925, el tema de la relatividad ya era bien conocido por los físicos argentinos.<sup>3</sup> Pero es seguro además que la relatividad se consolidó como vulgata en otros círculos intelectuales. Prueba de ellos es que fue Leopoldo Lugones una de las voces centrales en la difusión de la relatividad, como consta en su conferencia *El tamaño del espacio (un ensayo de psicología matemática)* (1920). La salvedad es que cuando Lugones parece exponer los pormenores de la formulación del físico alemán en realidad, como señala De Asúa, no hace más que desarrollar las teorías teosóficas que eran de su particular interés. De alguna manera, esto anticipa que la literatura rioplatense que comúnmente se ha denominado “fantasía científica” se encontrará tempranamente marcada por un cruce de paradigmas.<sup>4</sup> Luego, que existe una tradición teosófico-ocultista que necesariamente habilita una crítica al concepto de *materia* tal como lo entendió la ciencia clásica moderna.

<sup>3</sup> M. Asúa de. *Una gloria silenciosa. Dos siglos de ciencia en Argentina*. Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2010.

<sup>4</sup> La conceptualización del término pertenece a Sandra Gasparini (*Espectros de la ciencia. Fantasías científicas de la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires: Santiago Arcos, 2012); luego revisitado también por Soledad Quereilhac (*Cuando la ciencia despertaba fantasías. Prensa, literatura y ocultismo en la Argentina de entresiglos*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2016). No obstante, la mezcla entre tópicos de la ciencia positivista y de las corrientes ocultistas en las narrativas de “fantasía científica” ha sido señalada en estudios previos: A. Dellepiane. “Narrativa argentina de ciencia ficción: tentativas liminares y desarrollo posterior”. *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*. Frankfurt am Main: Vervuert Verlag, 1989, pp. 515-525; C. Pérez Rasetti. “La locura lúcida. Ficción, ciencia, locura en las fantasías científicas de Holmberg”. M. C. Vázquez & S. Pastomerlo (Comps.): *Literatura argentina. Perspectivas de fin de siglo*. Buenos Aires: Eudeba, 2001; R. Haywood Ferreira. “The Emergence of Latin American Science Fiction: a Global Genre in the Periphery”. Tesis de Doctorado. New Haven: University of Yale, 2004; L. Cano. *Intermitente recurrencia. La ciencia ficción y el canon literario hispanoamericano*. Buenos Aires: Corregidor, 2006; E. Gandolfo. “La ciencia ficción argentina” y “Fantasía y ciencia ficción latinoamericanas”. *El libro de los géneros*. Buenos Aires: Norma, 2008; entre otros.

Sobre esta base epistemológica no materialista afín descansa el hecho de que los problemas de la mecánica cuántica reciban luego en la literatura rioplatense tan oportuna acogida. Y esto se debe a que la recepción de una manifestación cultural foránea (en este caso, los elementos de la cultura científica) en un repertorio local (esta es: la serie literaria) se vuelve productiva siempre y cuando exista un antecedente vernáculo compatible con el elemento extranjero o elemento otro. De modo que la recepción (y siempre simultánea ficcionalización) de los problemas de la mecánica cuántica en los textos de los que se hablará en los capítulos siguientes está supeditada a que en la misma serie literaria existía de antaño un cuestionamiento, de raigambre teosófico-ocultista, a los conceptos de la física clásica de corte materialista. Si se hace una lectura productiva de la teoría de la traducción de la Escuela de Tel Aviv conocida como Teoría de los Polisistemas, es posible utilizar sus presupuestos para comprender ciertas dinámicas de recepción general entre estas series culturales diversas: la científica y la literaria.<sup>5</sup> Aquellas “dos culturas” cuyo divorcio decretó, según C.P. Snow, la hegemonía racionalista que inaugura el Siglo de las Luces encuentran, tal vez intuición (e imaginación) mediante, ciertos puntos de contacto que se ven reforzados luego por dinámicas de recepción.<sup>6</sup>

Sin duda, Borges arriba a las bifurcaciones del espacio y del tiempo, y a la idea general de que la percepción del universo material –y su incuestionable división *sujeto-objeto*– sería producto de un artilugio de los sentidos, no a través de la ficcionalización de las teorías de la cuántica (aunque demuestra no ignorar los presupuestos de la física subatómica), sino a partir de una profunda relación con ciertas postulaciones idealistas y, por supuesto, con la obra de H. G. Wells. En textos como “El extraño caso de los ojos de Davidson”, “La historia de Plattner” o “La puerta en el muro”, los célebres e inexplicables pasajes a la cuarta dimensión que los personajes experimentan tan sólo mediante la modificación de su percepción corriente, experiencia de amplificación de lo real a la que sólo pueden volver en sueños, encuentran en los relatos una anticipada explicación a través del imaginario de la torsión espacial del que luego se valdrá más de un texto de divulgación para explicar aspectos de las teorías de la relatividad.

En Wells, como en ciertas inflexiones idealistas, ya se encuentra *avant la lettre* una sensibilidad cuántica que tiende a desestabilizar

---

<sup>5</sup> Cf. I. Even Zohar. “La fabricación del repertorio cultural y el papel de la transferencia” y “La posición de la literatura traducida en el polisistema literario”. *Polisistemas de cultura (un libro electrónico provisorio)*. Online: [www.tau.ac.il/~itamarez/works/papers/trabajos/polisistemas\\_de\\_cultura2007.pdf](http://www.tau.ac.il/~itamarez/works/papers/trabajos/polisistemas_de_cultura2007.pdf) (08/05/17)

<sup>6</sup> C. P. Snow. *Las dos culturas*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2000.

presupuestos en torno a la materia; y de ahí que Erwin Schrödinger haya insistido, como ampliaré en el próximo capítulo, sobre la importancia de volver a la filosofía idealista para tratar de comprender las implicancias del nuevo modelo de ciencia subatómica. Que la presentación de la materia (como onda o como partícula) dependa de la presencia del observador reclama para Schrödinger revisar la escisión sujeto-objeto en la que se ha basado históricamente la física clásica. Es por ello que la hipótesis cuántica de que a un nivel subatómico no podría aplicarse el concepto de materia tal como lo entendió la física clásica (lo cual impulsó incluso declaraciones del propio Schrödinger en torno a los paralelismos entre la nueva física y la mística oriental) coincide con más de un problema de los ensayos borgeanos; si bien su eje reflexivo se ancla en otras tantas y variadas tradiciones: Berkeley, Hume, J.W. Dunne, Kant, Schopenhauer, Buda, entre tantos otros.

Tempranamente en *Inquisiciones* (1925), Borges ensaya con picardía literaria las primeras impugnaciones –cercanas a las del Macedonio de *No toda es vigilia la de los ojos abiertos* (1928)–, que luego profundizará a lo largo de su obra.<sup>7</sup> En “La nadería de la personalidad” conjetura que el *yo* no es más que una transeñación –propiciada por el “engreimiento”, el “hábito” y algunas “sensaciones musculares”– que no tiene mayores fundamentos metafísicos. No existe, por tanto, un “yo de conjunto” que agrupe todos nuestros estados de consciencia, presentes, pasados y del porvenir. El *yo* (dice Borges en el marco de sus misceláneas reflexiones sobre Agrippa, Schopenhauer y Buda) no es más que una “urgencia lógica”, sin mayores cualidades o distinciones, cuya fijeza sirve para determinar por contraste lo que percibimos como el transcurso lineal del tiempo. Luego, en “La encrucijada de Berkeley”, la ilusión del *yo* (al igual que el tiempo y el espacio, conceptos abstractos inimaginables) será producto de un arraigo cultural a los “embustes del dualismo” que se desprenden de las enseñanzas de la física materialista clásica. Este embuste de la ciencia, prosigue, es comparable “al concepto de átomos, sólo ideados como defensa contra la idea de divisibilidad inacabable”.<sup>8</sup> De modo que si no se quiere caer en la fórmula de Berkeley de un Dios sostén del Universo se terminará por asumir, concluye Borges, la refutación de la *materia*. Precisamente por eso debe entenderse al *espacio* (dirá

---

<sup>7</sup> Macedonio también recoge el abanico de problemas idealistas en *No toda es vigilia la de los ojos abiertos*, texto en el que ensaya una reflexión en torno a la metafísica y la mística en relación con el problema del conocimiento y del ser. La materia, el objeto y el sujeto (*yo*) son irreales: no somos más que un estado de percepción sin sujeto en una instancia en la que tampoco hay objetos, y es por eso que el Ser sólo se manifiesta, en su cognoscibilidad absoluta, durante el momento *ayoico* del sueño.

<sup>8</sup> J. L. Borges. *Inquisiciones*. Buenos Aires: Seix Barral, 1993, p. 120.

más tarde en “La penúltima versión de la realidad” y en “La postulación de la realidad”) como una mera construcción de los sentidos que pugnan por simplificar estados que son esencialmente complejos. En ese proceso incluso el lenguaje implica una adaptación para el olvido, manto o velo piadoso del que se ve privado Funes, el memorioso.

“Nueva refutación del tiempo” (1952) jugará a construir la tercera impugnación, que refuerza aquella objeción que ya habría realizado en “La perpetua carrera de Aquiles y la tortuga” (1932), al plantear la infinita divisibilidad del tiempo: si Berkeley impugnó la materia, negó la solidez y extensión de las cosas y el espacio absoluto más allá de las impresiones de los sentidos, y Hume declaró ilusorio el espíritu al afirmar que la mente es sus percepciones y que por lo tanto la fórmula cartesiana de un ser determinado por su autorreflexión es inconducente, ¿qué sentido tiene sostener la noción de tiempo? A la negación de la materia y el espíritu, Borges agrega la del tiempo: cada instante es autónomo, hijo de un proceso mental intransferible e indiscernible del instante. El tiempo como conjunto o unidad de sucesos es una delusión. El tiempo, agrega en “El sueño de Coleridge” y “El tiempo y J. W. Dunne” (1952), es una especie de *sincronicidad* de todos los instantes (aquello que los hombres de fe llaman eternidad), cuya contemplación plena sólo alcanzamos en el *sueño*. Por eso, si aceptamos junto con las premisas idealistas que no hay más realidad que la de los procesos mentales, si como propone Hume somos una colección de impresiones que se suceden y nuestra mente una especie de teatro donde las percepciones aparecen, desaparecen, vuelven y se combinan de infinitas maneras, deberíamos considerar cuidadosamente los escritos *budistas*, aquellos que afirman que la vida de un ser dura lo que dura una idea: el mundo se aniquila y resurge todo el tiempo, la continuidad es mera ilusión.<sup>9</sup>

Si bien claramente Borges no lo menciona en esos términos, la serie de sus ensayos redundante en la postulación de un realismo de corte idealista, en la vereda de enfrente de aquel realismo empirista inaugurado en la Inglaterra del siglo XVIII, que confió en el

---

<sup>9</sup> Como suele suceder, el ejemplo más claro de la formulación ensayística borgeana lo encontramos en la narrativa de Bioy Casares. El velo onírico de dejavús, repeticiones rítmicas de una misma escena, que construye la atmósfera de irrealidad en *La invención de Morel* (1940), materializa en la ficción la idea borgeana de una eternidad del instante que necesariamente desestabiliza los “hábitos” de los sentidos. La escritura es un laboratorio de ensayo donde otras realidades se construyen a partir de la modificación de lo empírico. Por eso, la experiencia de libertad puede ser inducida en la comunidad penitenciaria de *Plan de evasión* (1945) a partir de la modificación de los sentidos y, por ende, de las nociones de espacio. Toda certidumbre respecto de lo real, de lo que se percibe, entra y permanece inexorablemente en jaque.

poder representativo del lenguaje como medio de registro exhaustivo de todo lo que proviene de los sentidos. Del otro lado, el realismo idealista bien podría caracterizarse por un anhelo dirigido hacia la inefable “cosa en sí” kantiana, aquel excedente incognoscible al que sólo la intuición puede aproximarse. Porque si bien la filosofía y la ciencia hicieron tempranamente acto de renuncia respecto de todo aquello que quedaría excluido luego de la síntesis espacio-temporal, que realizan nuestras facultades innatas, y gracias a la cual tiene lugar para nosotros el mundo físico, la literatura, por el contrario, se declarará soberana de aquel reino de lo inefable y se dispondrá a explorarlo por sus propios medios.

Se trata, en definitiva, de una conjetura acerca de los límites de los modelos materialistas de explicación de la realidad a partir de matrices idealistas. Detrás de sus interrogaciones se encuentra la pregunta por lo suprasensible como *inefable* (en más de una ocasión con solapadas connotaciones religiosas) a la que de alguna u otra forma vuelve todo paradigma de conocimiento. Borges muestra, ilumina, la jugada a la que la literatura venía apostando desde hacía tiempo. Es a través de Borges que la literatura tira, con su magistral socarronería, una primera gran piedra hacia la ciencia materialista. En este gesto la literatura proclama su legalidad, fija una genealogía e inaugura una descendencia para la epistemología literaria en el Río de la Plata, aquella que lúdica ensayará (como desarrollo más adelante) colonizar los históricos territorios de la ciencia.

Pero esa dirección que Borges toma no hace más que reescribir desde otros y magistrales ángulos una vieja línea de la literatura rioplatense presente desde el siglo XIX: aquella inflexión literaria conocida como “fantasía científica” que propuso desde sus primeras manifestaciones una impugnación al concepto clásico de materia. Si para la ciencia moderna tal como la conocemos a partir de Newton (y fundamentalmente para el empirismo filosófico que de ella se desprende) el universo de alguna manera debe circunscribirse de acuerdo con lo que perciben los sentidos, esta literatura intentará por el contrario dar cuenta de la inefable “cosa en sí” explorando la ampliación de las facultades: apelando a estados alterados de consciencia (propio de los paraísos artificiales decadentistas), a métodos ocultista-paranormales (hipnosis, telepatía), librándose al sondeo de los saberes de la locura. Las preguntas por la ciencia y el conocimiento van entonces siempre de la mano de la conjetura sobre otros modelos de explicación de la realidad. La pregunta por la ciencia conduce inevitablemente a un problema de realismo, fórmula que en su inversión complementa aquello que nota Ian Watt en la introducción a *The rise of the novel* (1957): que detrás de todo realismo subyace un modelo epistemológico; *ergo*,

diríamos ahora: toda pregunta por la ciencia implica también una singular cosmovisión realista.<sup>10</sup>

La “fantasía científica” propone un modelo de realidad, sin vacilaciones, por el que el universo de lo explicable ve ampliadas sus fronteras. Esto es producto, no obstante, de un debate que se pone siempre en juego en la arena de la ficción. Modelos epistemológicos en pugna por una explicación de lo real conforman la polémica entre materialistas y espiritualistas en el célebre *Viaje Maravilloso del señor Nic Nac al planeta Marte* (1885) de Eduardo Ladislao Holmberg.<sup>11</sup> Sólo que en ese borde difuso que delimita la episteme de la época, la balanza se inclina en un sentido: el viaje a Marte se aleja de la impronta positivista de Verne y se acerca a Camille Flammarion, surge como resultado de la aplicación rigurosa de las teorías espiritistas de Allan Kardec que se leían en la Buenos Aires finisecular. El protagonista, asesorado por un médium, se deja morir de hambre para librar su espíritu del peso de la materia y elevarlo hacia otras regiones. Contrariamente a la exploración inventarial del viaje positivista (cuya cifra clásica se encuentra en las ficciones de Daniel Defoe), la experiencia de aprendizaje del viaje no se adecua a los cánones del progreso: sólo puede ser transmitida a través de lo que se entiende como el discurso de la locura que esgrime el protagonista al final de su viaje. Ese es el peligro que en más de una ocasión se señala, el camino hacia el verdadero conocimiento, trascendiendo los límites de la materia, supone una *hybris* que envuelve aquellos relatos que retoman el mito fáustico: “El hombre artificial” de Quiroga, en la línea de *Frankenstein* de Mary Shelley, e “Yzur” de Lugones, aunque cruzado por el filtro darwinista; pero también todos aquellos en los que algo del orden de lo *inefable* intenta ser fervorosamente aprehendido, como sucede con la fotografía de los ojos divinos en “Verónica” (1896) de Rubén Darío.

El interrogante sobre el estatuto de la materia que ingresa como problema en el campo científico recién con la mecánica cuántica en el siglo XX ya era, por cierto, un problema de larga data para la literatura. Para corroborarlo basta con recordar el final de “Nelly” (1886), en el que se concluye que no existiría oposición entre materia y espíritu: una ampliación y debida reformulación del concepto de materia no haría más que darle una explicación a aquella sustancia material más diversa, volátil y depurada que llamamos espíritu. Es por ello que en este cuento

---

<sup>10</sup> I. Watt. *The rise of the novel. Studies in Defoe, Richardson and Fielding*. Berkeley-Los Angeles: University of California Press, 1957.

<sup>11</sup> Cf., para ampliar: S. Gasparini. “La fantasía científica: un género moderno”. A. Laera (Dir.): Volumen III: El brote de los géneros, *Historia crítica de la literatura argentina* (N. Jitrik direc. gral.). Buenos Aires: Emecé, 2010, pp. 119-147.

de Holmberg la aparición del espíritu de la protagonista (tan cercana al paradigma que Poe impone con “Ligeia”) se manifiesta como una materialidad palpable, en tanto puede ser constatada empíricamente y medida en las alteraciones del termómetro. El único obstáculo (lo dice el propio fantasma de Nelly) es la impronta positivista del pensamiento de su amado, barrera que no sólo es epistemológica sino también cultural en Occidente: hay pueblos, dice el narrador hacia el final del relato, para los cuales la materialización de Nelly no es, en cambio, más que la realización innegable de un mundo que aún no conocemos. Se trata de fenómenos que no pueden explicarse mediante los conceptos vigentes de espacio, tiempo, materia, fenómenos ante los que, según Darío, “va la ciencia al tanteo, caminando como una ciega” (“La señorita Amelia”, 1894). Por eso la literatura apela a integrar en su lógica otros paradigmas para construir nuevos modelos de explicación ficcional de la realidad.<sup>12</sup>

Como era de esperarse, la noción clásica de materia también se ve desestabilizada por Lugones a partir de la cosmovisión teosófica. En este sentido, la nueva noción de materia lugoniana implica una identidad entre mente y Cosmos, entre las leyes del pensamiento humano y las del Universo, unión de índole panteísta que explicaría los fenómenos telepáticos en un cuento como “La fuerza Omega” (1906). En estricta sintonía con *Eureka* (1848) y “La revelación mesmérica” (1844) de Poe, Lugones especifica hacia el final de *Las fuerzas extrañas* el universo conceptual que recorre sus cuentos. En “Ensayo de una cosmovisión en diez lecciones” Lugones habla de una Ley general del Universo (organismo vivo que, como en el *Timeo* platónico, existe en todas las cosas) que regula la transformación siempre incesante de lo que *viene a ser* y lo que *deja de ser*; dinámica entre polaridades que se corresponde con el pasaje de la materia a la energía, e inversamente. Aquello que en el sistema de Poe son “gradaciones de la materia” o irradiaciones de Dios como materia, cuya pluralidad se genera por el proceso de divisibilidad infinita, para Lugones es energía de la que toda materia proviene y hacia la que finalmente deviene. Si los fenómenos que son producto del pensamiento –como la telepatía, por ejemplo– nos resultan extraños e inexplicables es porque el pensamiento en tanto energía imponderable

---

<sup>12</sup> La explicación racional de los fenómenos considerados como paranormales a partir de los cuestionamientos al concepto de materia clásica (que luego retoman Lugones y Holmberg, entre otros) tienen una aparición temprana en los relatos de Juana Manuela Gorriti. “Quien escucha su mal oye” (1865) narra la aparición de una monja muerta que llega infringiendo las fronteras espacio temporales para hipnotizar a un muchacho. La hipnosis (técnica reconocida hacia mediados del siglo XIX, también vinculada al ocultismo) se entremezcla con el fenómeno de la aparición que responde, dice la voz de la mujer, a aquella *ciencia* cuyo poder niegan los hombres sin fe. Para ampliar ver L. Cano, *op. cit.*, y S. Gasparini, *op. cit.*, 2012.

escapa a lo que entendemos son restricciones temporo-espaciales. Esta misma hipótesis de que los fenómenos energéticos no serían más que una forma distinta de la materialidad difícil de constatar corre a las apariciones inexplicables y las teorías sobre la inmortalidad del alma de la esfera de lo sobrenatural y las ubica en el territorio de lo natural, la racionalidad y la explicación científicas. Si acaso –recordemos la conferencia de Lugones que menciona De Asúa– todo esto resuena en otros ámbitos no literarios, es porque casi simultáneamente Einstein habla por primera vez de una identidad entre materia y energía: la materia es energía concentrada.

Otras formas de lo real que trascenderían la materialidad sensible se contemplan en *Las fuerzas extrañas*: el color y calor de la música que no es posible percibir en “La metamúsica”, el pensamiento como fluido inmaterial que en “El Psychon” es aislado en un laboratorio y llevado al cero absoluto para transformarse finalmente en un “elixir de la locura”. En esa búsqueda siempre riesgosa que intenta aprehender lo inasible, aquella realidad misteriosa de lo inmaterial, es el *escritor* (siguiendo con la tradición romántica) el elegido para oficiar de *médium*, quien pertenece a una jerarquía espiritual superior que le permite habitar el conocimiento sorteando el destino de locura al que se encontraría destinado cualquier otro sujeto (un mero científico, por ejemplo) que se aventurara a transitar la experiencia.<sup>13</sup> Es el escritor médium quien de alguna manera posibilita la comunicación del conocimiento a través de su *escritura*. Dicho de otro modo, en las “fantasías científicas”, cuyos protagonistas naturalmente bifrontes navegan en la arena epistemológicamente aún inestable del período de entresiglos, en la que la ciencia positivista convive *pari passu* con las corrientes espiritualistas y teosóficas,<sup>14</sup> lo que permite a estos sujetos científicos llevar a cabo una tarea prometeica en la que la escritura posibilita la comunicación sensible de una experiencia de conocimiento del orden de lo inefable es, precisamente, su estatuto de escritor.

El cuestionamiento de los límites del concepto clásico de materia pareciera, en principio (pero sólo en principio), estar ausente de una de las narrativas centrales para pensar los antecedentes de la relación entre literatura y ciencia en el Río de la Plata: la de Horacio Quiroga. En ella priman ciertos temas que, aunque presentes en gran parte de la obra de Lugones y Holmberg, parecen alejarse del problema por la entidad de la materia. En los cuentos de Quiroga resuena con insistencia tanto el problema del darwinismo (“El mono ahorcado” e

---

<sup>13</sup> Cf. M. Dalmaroni. “Prefácio”. L. Lugones: *As forças extrañas. Contos fatais*. São Paulo: Globo Editora, 2009.

<sup>14</sup> Cf. S. Quereilhac, *op. cit.*

“Historia de Estilicón” están en este sentido en estrecha vinculación con “Yzur” de Lugones) como el de la posibilidad de la creación de autómatas (piénsese aquí en “El hombre artificial” en relación con “Horacio Kalibang o los autómatas” de Holmberg, ambos en la línea de “El jugador de ajedrez de Maezel” de Poe, y más ampliamente del viejo mito hebreo del Gólem que retoma la tradición romántica). Pero además Quiroga explora el universo de la fotografía y el cine. Estas dos nuevas tecnologías –fundamentalmente el cine– invitan naturalmente a conjeturar sobre la entidad de la imagen capturada. He ahí un renovado giro de la pregunta por la materia.

La posibilidad de un valor ontológico de la imagen, reducto de la consciencia de la actriz muerta en “El puritano” (1926), es explorada a partir de ciertas teorías científicas en otro cuento: “El retrato” (1910). En este último texto se encuentra explícitamente presente la cosmovisión de la termodinámica de William Thomson, conocido como Lord Kelvin, quien hipotetiza sobre el grado de cero absoluto, temperatura mínima de la materia en la cual las partículas de una sustancia quedarían inertes; concepto que luego será refutado por la tercera ley de la termodinámica. Según el cuento de Quiroga, Lord Kelvin es quien define lo “étersideral” o “interatómico” como un “sólido elástico, sin densidad ni peso, que llena todo el espacio”.<sup>15</sup> En el contexto de referencia a las primeras teorías que abrirán la puerta al universo de la inmaterialidad subatómica, se cita luego *La evolución de la materia* (1905) de Gustave Le Bon, cuyas ideas sobre la inestabilidad y constante mutabilidad de la materia que se transforma en radiación se consideran precursoras de las teorías de la relatividad de Einstein.<sup>16</sup>

---

<sup>15</sup> H. Quiroga. *Horacio Quiroga. Todos los cuentos* (Coord. Edición Crítica Napoleón Baccino Ponce de León y Jorge Lafforgue). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica (Colección Archivo), 1993, p. 987.

<sup>16</sup> “La evolución de la materia” de Le Bon también es citado por Roberto Arlt en “Las ciencias ocultas en la ciudad de Buenos Aires”, texto en el que Arlt recorre, aunque ya con un tono de burlona desacreditación (como diría Soledad Quereilhac, para entonces las corrientes teosófico ocultistas ya no gozaban de la legitimidad de antaño), muchos de los conceptos teosóficos presentes en las poéticas mencionadas. En esta crónica, Arlt vuelve, no obstante, sobre los tópicos clásicos que la interrogación teosófica sobre los límites de la materia supone (la entidad del pensamiento y las emociones como radiaciones posibles de fotografiar mediante artefactos adecuados, la vida luego de la muerte gracias a la transformación de la materia en energía, entre otros) y afirma que éstos no se encontrarían “en pugna con las últimas concepciones de la atomística”. Curiosamente, este universo conceptual vuelve a ocupar un lugar destacado en una obra como *Trecientos millones*, en la que se conjetura sobre la existencia de una zona astral que aloja seres fantasmales creados por la imaginación onírica de los hombres. Como siempre me gusta recordar, el humor y la socarronería no invalidan la exploración literaria de las hipótesis epistemológicas.

Sobre ese terreno teórico avanza la narración del experimento fotográfico que realiza uno de los personajes, también llamado Kelvin. Se trata de llevar a cabo una impresión de su propia retina para inmortalizar en una imagen a su amada que ha muerto. En las sucesivas fotos, la muchacha sigue viva y saludable siempre y cuando él realice el grabado con periodicidad; si esto es esporádico, ella aparece muerta como resultado de su olvido. De modo que es no sólo la imagen sino la constante vigilancia del *observador* lo que determina la existencia de la mujer; hecho que termina por corroborarse cuando hacia el final del relato Kelvin constata en su última impresión que la entidad de su amada es asegurada ahora gracias a la mirada de su ayudante, a quien ella dirige su renovada sonrisa.

Aunque el lugar de Quiroga parezca más periférico en el trazado de esta genealogía, cuentos como este son antecedentes insoslayables que anticipan problemas cuya presentación recién se complementará y completará con las posteriores ficcionalizaciones de la mecánica cuántica. La idea esbozada aquí por Quiroga de una realidad determinada por el *observador*, encontrará lógicamente luego su perfecto *partenaire* en la exploración ficcional del “Principio de Incertidumbre” formulado por Werner Heisenberg. A partir de todos estos elementos, la literatura propondrá singulares ontologías en las que la figura del escritor, como observador interviniente, y la ficción, como espacio singular de eclosión material de versiones de lo real, ocuparán un lugar destacado.

La ficción y la figura del escritor quedan así asociadas no sólo al conocimiento sino a aquel conocimiento al que no es posible acceder por la mera vía de los recursos de la ciencia. Este lugar privilegiado del escritor y de la metodología escrituraria en el camino hacia el conocimiento no puede sino redirigir, más o menos subrepticamente, el problema de lo *inefable* del conocimiento hacia una interrogación de lo divino. La ciencia y la dimensión inefable de lo divino se reúnen en el seno de la literatura. Pero, ¿qué es lo que ha facilitado la resistida e inadvertida concurrencia?

Para despejar al menos parcialmente el interrogante es necesario recorrer los momentos de emergencia y consolidación de la ciencia moderna, como así también revisar la dinámica de sus relaciones con el arte y la filosofía. Por eso, a lo largo del capítulo siguiente no sólo se delimitan los momentos históricos de separación de los componentes del binomio ciencia-literatura sino de su acercamiento con la emergencia de la cuántica. El surgimiento de este paradigma a principios del siglo XX es precisamente lo que facilita (por lo menos en lo que respecta a la literatura) ciertos puntos de reunión. En la literatura, como anticipaba, el ingreso entusiasta de la cuántica debe pensarse en sintonía respecto de las propias inquietudes de la serie literaria.